

bertad mayores daños á la Religion santísima, y hacerle mas cruda guerra y destruir por completo la misma Religion, si destruirse pudiese. Á esto tendieron y tienden siempre los depravados consejos, maquinaciones y fraudes de aquellos hombres que desean destruir el gobierno temporal de la Iglesia romana, como lo demuestra clara y abiertamente una experiencia diaria y trisísima.

«Por lo tanto, Nos, obligados por el deber de nuestro cargo apostólico y por un solemne juramento, debiendo vigilar en gran manera por conservar incólume la Religion, y defender para que se conserven íntegros é intactos los derechos y los bienes de la Iglesia romana, y vindicar y consolidar la independencia de esta Santa Sede, que es absolutamente inseparable de la utilidad de la Iglesia universal, y por lo tanto debiendo defender el principado que para ejercer la libre administracion de las cosas sagradas en todo el mundo, la divina Providencia lo concedió á los romanos Pontífices; y para transmitirlo íntegro é intacto á nuestros sucesores, no podemos menos de condenar en gran manera, y reprobar los impropios y malvados esfuerzos y conatos de los súbditos rebeldes, y oponernos á ellos con toda energía.

«Y así, despues que accediendo á lo solicitado por nuestro Cardenal secretario de Estado, reprobamos y detestamos los malvados esfuerzos de semejantes rebeldes en la comunicacion dirigida á todos los ministros y representantes de las naciones extranjeras cerca de Nos y de esta Santa Sede, hoy, venerables hermanos, en esta vuestra solemne reunion, levantando nuestra voz, protestamos con toda la energía de que es capaz nuestro ánimo contra todos los actos que se han permitido los revolucionarios en las citadas ciudades, y en virtud de nuestra autoridad suprema condenamos, reprobamos, rescindimos y abolimos todos y cada uno de los actos que los rebeldes se han permitido así en Bolonia como en Ravena y en Perusa y en otros puntos, contra el sagrado y legítimo principado nuestro y de esta Santa Sede, sea cual fuere el modo con que se hayan realizado estos actos, llámeseles como se quiera; y además los declaramos y calificamos de actos inútiles, ilegítimos y sacrílegos.

«Además, recordamos á todos que los sagrados Cánones, las Constituciones apostólicas y los decretos de los Concilios generales, y especialmente del Tridentino (ses. 22, cap. 11 de Reform.), imponen excomunion mayor y otras penas y censuras eclesiásticas en que, sin necesidad de declaracion especial, incurren todos los que de cualquier modo intenten atacar el poder temporal del romano Pontífice; y por consiguiente declaramos que han incurrido en estas penas eclesiásticas los que en Bolonia, Ravena, Perusa y otras partes se han atrevido con actos reales, consejos, aquiescencia ó de cualquier otro modo, á violar, alterar y usurpar nuestro poder y jurisdiccion temporal y el de esta Santa Sede, y el patrimonio de san Pedro.

«Mientras, empero, para cumplir con nuestro cargo, no sin profundo sentimiento, nos vemos obligados á hacer y publicar esta declaracion, no dejamos de rogar con humildad y fervor al clementísimo Padre de las misericordias que desvanezca la desgraciada ceguera de tantos hijos, para que haga con su poder sin limites que cuanto antes amanezca el apetecido dia en el cual arrepintiéndose esos hijos, y volviendo á ser recibidos con alegría en el seno paterno, podamos ver restablecidos en toda la jurisdiccion de nuestro territorio pontificio el orden y la tranquilidad, sin amago de perturbacion al-

guna. Con esta confianza en Dios, abrigamos tambien la de que los principes de Europa, como en otro tiempo, procurarán al presente emplear todos sus consejos y esfuerzos en defender y conservar íntegro el Principado temporal nuestro y de esta Santa Sede, pues á todos y á cada uno les interesa en gran manera que el romano Pontífice goce de plenísima libertad para que pueda atender, como es debido, á la tranquilidad de la conciencia de los católicos residentes en territorios de los mismos principes. Cuya esperanza se aumenta por cuanto nuestro hijo carísimo en Jesucristo, el Emperador de los franceses, ha manifestado que á pesar de estar en Italia las tropas francesas, no solo no harán nada contra el Gobierno temporal nuestro y de esta Santa Sede, sino que aun lo defenderán y conservarán.»

Cuánta razon asistia al Papa para lamentarse y protestar se comprende considerando que el Gobierno piamentés, al posesionarse de la Romanía, empezó imponiendo silencio á la expresion de los sentimientos religiosos por la prensa católica. El *Observador de Bolonia* y el *Verdadero amigo* fueron suspendidos, y prohibida la introduccion de los diarios religiosos extranjeros, hasta de los de la Cerdeña procedentes. Así empezó á reinar la libertad sobre las provincias conquistadas.

Siguió inmediatamente la escena obligada de todas las revoluciones, esto es, la supresion de los Jesuitas. Las casas que la inclita Compañía tenia en Ferrara, Faenza y Forli fueron cerradas y secuestrados sus bienes. Los claustros y las iglesias fueron profanados.

La enseñanza fue sustraída de la inspeccion de los obispos, y la célebre universidad de Bolonia vió depuesto á su digno y sapientísimo rector y sustituido su claustro respetable por una coleccion de jóvenes racionalistas. El fuero eclesiástico fue abolido, y todo el orden religioso y moral conmovido y trastornado.

Las tropas enviadas á Rimini quisieron acuartelarse en los conventos y hasta en los templos parroquiales, muchos de los que fueron indignamente profanados. Los miserables invasores tomaron los ornamentos sagrados de la parroquia de San Agustin, y revestidos con las sacerdotales insignias, émulos de los sacrílegos de la primera revolucion francesa, parodiaron la celebracion de una misa solemne. Introdujeron mujeres desnudas en la iglesia, y un hombre en cueros fue encumbrado en el altar y recibió el incienso de aquellos verdaderos espíritus malignos.

Los templos se convirtieron en lupanares; muchas estatuas fueron mutiladas, rasgados algunos cuadros de incomparable mérito, fusilada la imágen del Santo patron y ¡oh dolor! insultada la santa imágen de María, la Madre de Nuestro Señor.

Sconticata y Montebello presenciaron espectáculos á los de Rimini parecidos.

En Persicatto y en Trebbo el clero fue objeto de especial enojo; en Ravena se arrastró á varios sacerdotes á la cárcel como si fueran criminales; el Vicario general de Faenza fue conducido ante un tribunal de magistrados sin título; en Caena el Gobernador eclesiástico fue herido á garrotazos y apaleados varios canónigos; el Conde de Guidi y el de Pepolini recibieron graves insultos.

En medio de aquella tempestad la voz del cardenal *Viale Prelo* dejóse oír desde su silla arzobispal de Bolonia, para alentar á los soldados de la causa de Dios que, en ocasiones como aquella, lo son todos los verdaderos fieles.

Al observar el Papa que nada hacia el Gobierno de Víctor Manuel para impedir tantos y tan monstruosos desacatos, despidió al conde de la Minerva, que desempeñaba el cargo de representante del Piamonte acerca de la Santa Silla. No creyó digno Pío IX que se conservara á la faz del mundo ni la mas mínima apariencia de concordia con un Rey que olvidaba los primeros deberes del hombre, del cristiano y del monarca.

A fin de que la Europa oficial no pudiera alegar ignorancia ni apoyarse en el silencio del Gobierno de Roma, para excusar su negligencia y descuido en la defensa de los derechos del débil oprimido, mandó Pío IX á Antonelli que remitiese á las potencias extranjeras la siguiente *Nota*:

«Palacio del Vaticano, 12 de julio de 1859.—En medio de los temores y de los cuidados ocasionados por la deplorable guerra actual, pareciale á la Santa Sede que podria estar tranquila despues de las muchas seguridades que habia recibido, seguridades á las que se habia agregado la de que el Rey del Piamonte, por consejo del Emperador de los franceses su aliado, se habia negado á aceptar la dictadura que le habian ofrecido las provincias sublevadas de los Estados pontificios. Pero es muy posible que la realidad sea enteramente distinta, y que á la vista del Padre Santo y de su Gobierno se realicen hechos que hacen cada dia mas incalificable la conducta del Gabinete sardo hácia la Santa Sede, conducta que revela claramente que quiere quitar al Padre Santo una parte integrante de sus dominios temporales.

«Desde la revolucion de Bolonia, de la que Su Santidad tuvo ocasion de lamentarse en su alocucion de 20 de junio, se han reunido en dicha ciudad gran número de oficiales piamonteses procedentes de Toscana ó Módena con el objeto de preparar alojamientos para las tropas piamontesas. De estos Estados extranjeros introdujeron millares de fusiles para armar á los sublevados y á los voluntarios, y cañones para acrecentar el desórden de las provincias sublevadas y dar nueva audacia á los perturbadores del órden.

«Otro hecho que hace completamente ilusoria la negativa de aceptar la dictadura, ha venido á poner el colmo á esta infraccion manifiesta de la neutralidad unida á una activa cooperacion para mantener la sublevacion en los Estados de la Iglesia. El nombramiento del marqués Máximo d'Azeglio en calidad de comisario extraordinario en la Romanía (segun se desprende del decreto de S. A. R. el príncipe Eugenio de Saboya, teniente general de S. M. sarda, fecha 28 de junio, y de la carta del Conde de Cavour que lleva la propia fecha) para dirigir la cooperacion de las Legaciones á la guerra y bajo el especioso pretexto de impedir que este movimiento nacional produzca desórdenes, es una verdadera atribucion de facultades que perjudica á los derechos del soberano del territorio.

«Los acontecimientos han adelantado con tal rapidez, que las tropas piamontesas han entrado ya en territorio pontificio, ocupando á Torte, Urbano y Castelramo, donde han llegado bersaglieri piamonteses y parte de la brigada Real-Navi, todo con el objeto de oponer junto con los sublevados una resistencia enérgica á las tropas pontificias que se han enviado para recobrar el poder usurpado en las provincias rebeldes, y crear nuevos obstáculos á la realizacion de estè justo propósito.

«En fin, para completar la usurpacion de la soberanía legítima, se han enviado á Ferrara dos oficiales de ingenieros, uno de ellos piamontés, para minar y destruir dicha fortaleza.

«Tan odiosos atentados, para cuya perpetracion se infringe abiertamente el derecho de gentes por mas de un concepto, no pueden menos de afligir el ánimo de Su Santidad y causarle una profunda y justa indignacion, aumentada todavia con la sorpresa de ver que tales enormidades son obra del Gobierno de un rey católico que habia aceptado el consejo dado por su augusto aliado sobre no admitir la dictadura que se le habia ofrecido.

«Todas las medidas tomadas para prevenir y menguar esta série de males han sido inútiles; por esto el Padre Santo, no olvidando los deberes que le incumben para la proteccion de sus Estados y para la integridad del dominio temporal de la Santa Sede, esencialmente unida al ejercicio libre é independiente del supremo Pontificado, reclama y protesta contra las infracciones y usurpaciones cometidas á pesar de la aceptacion de la neutralidad, y quiere que su protesta se comunique á todas las potencias europeas. Confiando en el espíritu de justicia que las distingue, cree que se dignarán prestarle su apoyo, y no permitirán que logre feliz resultado una infraccion tan manifiesta del derecho de gentes y de la soberanía del Padre Santo. Espera que dichas potencias no vacilarán en cooperar á su reivindicacion, y al efecto solicita su proteccion y su asistencia.

«El infrascrito Cardenal secretario de Estado, en conformidad á la órden pontificia, envia la presente nota á V. E., suplicándole que la transmita á su corte, y aprovecha esta circunstancia para, etc., etc. — G. Cardenal Antonelli.»

Napoleon III pudo ver en el lenguaje del Vaticano la confirmacion de los juicios de la cristiandad sobre su opaca política, y refutada la arbitraria definicion de la dictadura piamontesa inserta en el *Monitor*.

Aquella guerra habia comenzado derribando por completo el principio de autoridad en toda la Península.

Toscana, Módena, Parma, todo hirvió instantáneamente; desde Turin se pegó fuego á la mecha que debia hacer reventar la mina trazada sigilosamente por la política cavouriana debajo las tarimas de las sedes ducales. Sobre las ruinas de los solios secundarios de la Italia se erigia la figura de un agente piamontés. El rey sardo era proclamado instantáneamente como á salvador de las localidades conmovidas.

La insubordinacion de Perugia, preparada como las demás en las antros de la escuela política de Víctor Manuel, obligó á las autoridades militares de los Estados Pontificios á defender con las armas la soberanía del Papa. La revolucion fue vencida con admirable facilidad, aunque, como se comprende, fueron necesarias algunas víctimas; necesidad que fue cuna de las principales penas que hubo de devorar el bondadoso corazon de Pío IX.

En el entretanto tronaba el cañon en los campos de batalla, y bien que á costa de enormes pérdidas, la suerte seguia adversa al Austria, cuyos soldados aguerridos tenían ante sí la superioridad del número y la mayor impetuosidad de los jefes. Austria es mas filósofa que guerrera; sus generales se distinguen mas en el cálculo que en el combate, al paso que el ejército francés es temible por la arremetida.

Á cuatro grandes batallas se redujo la guerra franco-italica contra el Austria: Montebello, Palestro, Magenta y Solferino.

La retirada sucesiva de los austriacos fue verificada constantemente en el mayor órden, y todo el mundo creía que el intento del Austria, que se hallaba

muy distante de su extenuacion, era atraer al enemigo al cuadrilátero y obligarle á emprender largos y difíciles trabajos de sitios y asaltos.

Comprendía Napoleon III que era difícil empresa batirse con los héroes austríacos cuando se hallaran estos secundados por las fortificaciones y por la favorable disposicion del terreno; las pasadas victorias le costaban ya millares de víctimas, y la Francia empezaba á preguntarse ¿á qué enviar nuestros hijos al matadero por una cuestion que nos es agena? Un presentimiento fatal agitaba el espíritu del Emperador, quien empezó por sí y ante sí los preliminares de un armisticio que debia ser el prolegómeno de la paz.

No es lugar este para ocuparnos de los detalles y pasos que prepararon el término de aquella campaña. El emperador Francisco José dió en aquella ocasion solemne un insigne testimonio de no tener un carácter sanguinario, pues se resignó á tratar de la paz, precisamente cuando á su adversario la guerra le habria sido mas gravosa.

En la entrevista celebrada en Villafranca por los Emperadores francés y austríaco, á la vista de sus respectivos ejércitos, el primero, que era el que solicitaba la paz, dijo al segundo las siguientes palabras, que entrañaban el espíritu impulsivo, digámoslo así, de su súplica ó deseo. «La revolucion nos arroja; yo la quiero menos que vos. Ambos queremos el sosten de la Autoridad pontificia, porque ambos somos católicos; entendámonos.»

Estas palabras, que en el fondo disonaban completamente de las alianzas con que Napoleon habia ido al campo de batalla, eran sino sinceras, á lo menos explícitas. Verdad es que apenas se explican en los labios del que no se habia desdeñado de alternar con un guerrillero insolente como Garibaldi; pero al fin eran expresion del buen sentido.

Allí se trazaron las bases principales de las conferencias de Zurich; allí se resolvió el acuerdo, admitiéndose en gérmen la confederacion de los Estados italianos bajo la presidencia honoraria del Papa, la confirmacion de la soberanía de los príncipes secundarios de la península, y la separacion completa de las causas de la independencia de Italia y la revolucion.

La paz fue mal recibida por los partidarios de la revolucion. La prensa anticatólica puso el grito á las nubes protestando contra lo que calificaba de negra traicion del imperio. Napoleon III pudo convencerse de que sus sacrificios inmensos serian desconsiderados por los demagogos y por las sociedades secretas, á las que habia querido satisfacer y contentar. Ellas se habian propuesto devorar todos los tronos, y estaban léjos de temer que por respeto al Pontificado y repugnancia á la revolucion se terminara una campaña de la que tantas cosas esperaban.

La guerra contra el Pontificado empezó entonces mas enérgica y cruel en los periódicos y en las discusiones; el Gobierno francés no ocultó el espíritu de que le convenia al Emperador manifestarse animado, y lo expresó con formas contundentes en el comunicado oficial dirigido al periódico *Le Siècle*, por el Ministro del Interior.

«Al atacar *Le Siècle*, decia el Ministro, al Papado en su poder político y en el dogma de que es la augusta personificacion, confunde la noble causa de la independencia italiana con la de la revolucion.

«El Gobierno del Emperador debe protestar contra esta suposicion á propósito para exitar las malas pasiones y turbar las conciencias y á falsear la opinion pública sobre los verdaderos principios de la política francesa.

«El respeto y la proteccion del Papado forma parte del programa que el Emperador ha ido á defender en Italia, para asentar allí el orden sobre los intereses legítimos satisfechos...»

«Si en Perucia se ha empeñado una lucha dolorosamente deplorable, la responsabilidad debe caer sobre los que han obligado al Gobierno pontificio á hacer uso de la fuerza en su legítima defensa.

«La independencia política y la soberanía espiritual, unidas en el Papado, le hacen doblemente respetable, y condenan moralmente ataques contra los cuales el Gobierno hubiera podido invocar la represion legal, pero prefiere entregarlos á la justicia de la opinion.»

Preciso es convenir que este lenguaje es mas claro y terminante que el anteriormente usado en los documentos del imperio, y que el de los posteriores documentos no lo ha sido de mucho en este grado.

El Sumo Pontífice recibió la noticia de la paz con la alegría propia de un padre que ve que ya han cesado de reñir y de destrozarse los hijos que ama. Así es que su primera determinacion fue disponer se dirigieran fervientes acciones de gracias al cielo por el beneficio obtenido, aunque mandando se continuaran las plegarias al Altísimo para conseguir la libertad de las provincias romanas cautivas. Hé ahí la carta en la que Pio IX expresaba al cardenal Patrizzi, vicario general de Roma, sus deseos y resoluciones acerca del particular:

«Señor Cardenal: Todo el mundo católico sabe cuáles han sido en la presente lucha en Italia nuestros sentimientos, y que no hemos tenido respecto de Nos otra mira que el restablecimiento de la paz, con cuyo objeto hemos dirigido á todo el Episcopado nuestras letras, invitándole á que hiciesen públicas rogativas para obtener del Dios de la paz un don tan inmenso. Ahora que se ha alcanzado este don, os encargamos que prevengais á los fieles de esta capital del Cristianismo para que asistan á las solemnes acciones de gracias que se ofrecerán al Señor, que se ha dignado poner término al mas terrible de todos los azotes, la guerra. Cualesquiera que sean las consecuencias de esta paz, las esperaremos con calma, confiando siempre en la proteccion que Dios se dignará conceder ahora y constantemente á su Vicario, á su Iglesia y á la conservacion de los derechos de ambos. Por lo tanto, se recitarán las preces ordinarias al fin de la misa, sustituyendo á la oracion *Pro pace* la de *Pro gratiarum actione*. Nuestro deber es dar gracias á Dios por la paz obtenida entre las dos grandes potencias católicas beligerantes; pero es una verdadera necesidad continuar las preces en atencion á que diversas provincias del Estado de la Iglesia se hallan aun bajo el poder de los destructores del orden establecido, y porque en dichas provincias una autoridad usurpadora extranjera proclama en nuestros dias que Dios ha creado al hombre libre de sus propias opiniones, ya políticas, ya religiosas, desconociendo de este modo las autoridades establecidas por Dios sobre la tierra, y á las cuales se debe obediencia y respeto, y olvidando igualmente la inmortalidad del alma que, cuando pase de lo transitorio á lo eterno, deberá dar cuenta especial de sus opiniones religiosas al Juez omnipotente é inexorable, y sabrá entonces, aunque sobrado tarde, que solo hay un Dios y una fe, y que aquel que salga del círculo de la unidad será sumergido en el diluvio de las penas eternas.

«Es por lo tanto indudable que conviene continuar orando á Dios para que se digne en su infinita misericordia restablecer la rectitud del alma y del co-

razon en todos aquellos que han sido arrojados de la senda de la verdad, y alcanzar que lloren, no sobre la matanza imaginaria y falsa de Perusa, sino sobre sus propias faltas y sobre su ceguedad personal. Esta ceguedad ha impulsado en estos últimos dias á una multitud de insensatos, la mayor parte israelitas, á arrojar violentamente de su santo retiro á una familia religiosa, y ha producido otros muchos males que afligen y despedazan el corazon. Pero la oracion es mas poderosa que el infierno, y todo lo que pidan á Dios los que se reunan en su nombre será instantáneamente conseguido. ¿Qué pedirémos? Que se conviertan y vivan todos los enemigos de JESUCRISTO, de su Iglesia y de la Santa Sede.

«Recibid la bendicion apostólica que os enviámos de todo corazon.

«En el Vaticano á 15 de julio de 1859. — El Papa, Pio IX.»

Al propio tiempo que Pio IX cumplia como á Pontífice elevando y haciendo elevar á Dios acciones de gracias por el advenimiento de la paz, ostentaba otra vez la bondad de su alma, amnistiando á cuantos con ocasion de la finida guerra hubiesen tomado las armas contra su causa; hacia mas todavia, «noticioso el Papa, decia *El Diario de Roma* el dia 29 de julio, de que muchos de los que se marcharon á incorporarse en los cuerpos de voluntarios, bien á Toscana, ó bien á las Legaciones y otros puntos, desean regresar á sus hogares y se hallan imposibilitados de ello por escasez de medios, está dispuesto á hacer que su Gobierno les facilite los recursos que necesitan para restituirse al seno de sus familias.»

Hermoso acto, que no fue sin embargo, sino una nueva perla á la brillantísima corona de amor que forma el verdadero distintivo de la soberanía moral de Pio IX, el bondadoso.

Desgraciadamente la paz de Villafranca y el tratado de Zurich, que fue su consecuencia, no llevaron la concordia ni la justicia á los Gobiernos y á los pueblos hondamente divididos y pervertidos. El Piamonte habia jurado burlar todos los rectos propósitos, y la Providencia habia permitido que el grande hombre de Estado de aquel reino tuviese en su talento y en su osadía fuerza bastante para contrabalancear el peso de la Europa sensata.

CAPITULO LV.

NUEVOS ATENTADOS CONTRA EL GOBIERNO PONTIFICIO DESPUES DE LA PAZ DE VILAFRANCA. — AGITACION DE LA ITALIA.

DE las palabras de Napoleon III y del contexto de las estipulaciones en Zurich, surgió lógicamente la esperanza de que la autoridad pontificia seria restuarada en aquellos puntos en que habia sucumbido á la accion de la dictadura piamontesa. Mas segun hemos indicado en el capítulo anterior, el Emperador de Francia, poco sincero siempre en sus promesas y alocuciones, dispuso, ó á lo menos toleró, que fuesen soldados italianos y no franceses los que ocuparan las provincias pontificias por los austriacos abandonadas. ¡Sagaz prevision que le permitió tolerar con mas desembarazo la inícuca ocupacion de territorios pertenecientes á la soberanía temporal del Papa!

En efecto, á pesar de las estipulaciones con el Austria y de las protestas de los duques destronados, Víctor Munuel, dictador de Italia, preparó á su modo las poblaciones sometidas á su espada, y recogió por medio de sus mas entusiastas agentes el voto de lo que él llamaba sus pueblos.

Verdad es que se abstuvieron de votar las tres cuartas partes de personas que á ello tenian derecho; verdad es que públicamente se calificaba de farsa aquel ridículo plebiscito, empero la conciencia del Monarca es poco exigente á lo que parece, y así, á pesar de los capitales defectos de la eleccion, dióse á sí mismo por bien elegido, y no se sonrojó de presentarse á la Europa con el certificado de su popularidad.

Bolonia y las Legaciones, á imitacion de los toscanos, pamesanos y modenenses, enviaron á Víctor una diputacion encargada de ofrecerle la soberanía.

Á esta diputacion el Rey de Cerdeña contestó admitiendo entusiasta el ofrecimiento, teniendo además el repugnante cinismo de añadir: «Como príncipe católico no faltaré jamás á la profunda reverencia debida al Jefe de la